

Navarra y Europa

VÍCTOR MANUEL ARBELOA MURU

Cuando en Alkerdi, en Ollate, en Aralar o en el Alto de la Cruz contemplo con emoción lo que nos queda de aquellos primeros pobladores mejor conocidos, por lo menos desde hace 13.850 años, me alegra comprobar que no son hombres muy lejanos de las tierras de las que vengo: tipos mediterráneos gráciles, pirenaicos occidentales (vascones), alpinoides... A los constructores de túmulos y cromlechs se les ha llamado, no sin humor, nada menos que «invasores centroeuropeos».

Sabemos bien que el Imperio Romano, el primer intento de unidad europea, desbordada por el Sur y por el Este, entró rigurosa y profundamente en Navarra. Pamplona, Liédena, Andelos o Cara son todavía frescos testimonios. Pero desde otros y a otros muchos lugares navarros iban y volvían, por caminos europeos, los que invocaban al dios Mercurio, protector de viajes y comercios, una de cuyas estatuillas se encontró hace años en Mañeru. La «lingua navarrorum», trufada de latinismos, demuestra el alto grado de romanización de Vasconia.

Godos y francos, que llegan del Norte, conquistan pasajeramente parte de nuestra tierra y pasajeramente se asientan en ella.

No acertamos a saber aún qué sucedió en la primitiva comunidad cristiana de Navarra desde que el obispo Liliolo, que asistió al III Concilio de Toledo el año 589, hasta su sucesor Opilano, que en el año 829 consagró el monasterio de San Pedro de Usún. Lo cierto es que San Eulogio encontró ya a mediados del siglo IX cinco monasterios florecientes, donde son ya claras las influencias romanolatina y carolingia.

Si Grecia, Roma e Israel son, según expresión ya clásica, las tres poderosas raíces que nutren la civilización europea hasta hoy mismo, lo cierto es que la raíz cristiana nos llega desde Roma, centro de europeidad, y europeas son, casi siempre, se quiera o no, las mediaciones de nuestra fe, aspecto fundamental de nuestra historia que merece un detenido estudio.

El *ager* navarro queda pronto arabizado en buena medida. Tras la conquista y antes de la reconquista hay un largo período, con límites fluidos, de supervivencia y convivencia con los agresores, como lo hubo primero con los romanos y luego con los godos, en un juego constante y fronterizo de equilibrios, alianzas y acosos, que iba a ser una de las características de nuestro pueblo.

Mientras el futuro reino de Pamplona tiene que vérselas con el nuevo enemigo del Sur, otro enemigo, esta vez del Norte, batido en la rota de Roncesvalles, un rey franco, el de las barbas floridas, Carlos el Grande, volviendo la vista a Roma, va forjando en lucha contra el paganismo y el islamismo una especie de imperio romano restablecido, una «república general cristiana», como la llamará Fenelon; el núcleo organizado de la Cristiandad, antes de llamarse Europa cristiana. Coronado en Aquisgrán por el papa, Carlos se llamará entonces «emperador de los romanos», «defensor de la fe» y «protector de la Iglesia».

Tras un primer período de alejamiento, Navarra se acercará a la causa del imperio cristiano-carolingio y colaborará con el orden gótico-astur frente al Islam.

Pero ese primer empeño colectivo cristiano de Occidente, alejado del imperio cristiano bizantino, que resiste en la misma frontera de Asia con Europa, dura poco

tiempo. Queda tras él un emperador germánico de limitada influencia, un sistema feudal, una comunidad de fe y de cultural. Una *Respublica Christiana* pero sin unidad política ni económica.

La unidad espiritual y cultural durará hasta el siglo XVI y será en ocasiones eficaz guía de acción cuando no revulsivo en momentos de máximo peligro. Los reyes, y no sólo los de Navarra, se asocian poco a poco a la idea de la reconquista general de España y acuden, en las llamadas Cruzadas, allí donde se defiende el corazón de la Cristiandad.

Sancho Garcés III, el Mayor, el más grande de nuestros monarcas, abre sus dominios hispanos hacia el Ultrapuertos europeo; asegura la red del Camino de Santiago; extiende la reforma cluniacense que introduce en Ripoll el abad Oliva; participa decididamente, creando escuela, en la Reconquista española, y llega a ser el patriarca de tres reinos españoles.

La Reconquista no sólo llamó hacia España y Portugal a los cristianos europeos —fue la primera Cruzada recomendada por los papas— sino que los trajo a vivir entre nosotros, potenciando la economía urbana, promoviendo inéditas mutaciones sociales, creando una nueva burguesía, una ciencia y un arte nuevos.

El Camino de Santiago fue el camino real de esta inmensa apertura, río de gentes, romería de Europa. De estos primeros siglos de la Edad Media, más que castillos y murallas, nos quedan ciudades burguesas, plenamente europeas, así como monasterios, templos románicos y góticos, de inspiración nordeuropea, o la obra de un navarro ilustre, don Rodrigo Ximénez de Rada, estudiante en Bolonia y París, arzobispo de Toledo, partícipe en la batalla de Las Navas junto a nuestro rey Sancho el Fuerte, que escribe historias de árabes, godos e hispanos como partes de una historia universal.

A la aventura europea de la reconquista de los Lugares Santos corrieron también los reyes navarros, como habían corrido antes a Zaragoza, Almería, Jaén, Portugal y Algeciras. Hoy nos es bien conocida la expedición de Teobaldo I a Palestina, a la que dedicó tres de sus canciones. Al regreso de otra, contra Túnez, dejó su vida en Trápani Teobaldo II. De entre los caballeros recordemos el apellido Cruzat, tronco plúrimo de casas nobles, y al legendario Saturnino Lasterra con su Virgen de Jerusalén de Artajona.

Evoquemos de paso la expedición navarro-gascona, armada por nuestro Carlos II con fines menos santos, y sus recorridos, conquistas y mil peripecias, por Albania y Grecia, ya de la mano de la Orden de San Juan de Jerusalén, ya de venecianos, florentinos, turcos, o de quien terciase con tal de que conviniese.

A la muerte de nuestro rey Sancho el Fuerte, para librar al pequeño reino del acoso de dos potencias vecinas, hubo que buscar el alivio más allá del Pirineo, en su sobrino el Conde Teobaldo IV de Champagne, «hombre de otra tierra» y «extraño lenguaje». Con él se abrían tres siglos de dinastías francesas que, en general, cuidarían más de sus territorios vecinales que de Navarra o nos implicarían en guerras y conflictos sin cuento, como en la segunda mitad del siglo XIV, contra ingleses, franceses y castellanos, pero que, en sus mejores momentos, harían de nuestra corte una corte europea. Así fue en tiempos de Carlos III, de la Casa de Evreux. Baste mencionar el palacio de Olite y al escultor Jehan Lomé de Tournay y a su cortejo de artistas franco-flamencos, que dejaron por toda Navarra pruebas de su genio.

Algunos historiadores se han preguntado cómo pudo pueblo tan pequeño resistir y no perecer en las turbulencias que atraviesan todos los siglos y que acaban con reinos mucho más recios. Y se contestan que tal vez por su misma fragilidad, por su epigónica constitución geográfica y demográfica pudo sostenerse —águila colgada del Pirineo—, amarrarse —velero bien arbolado varado en el Ebro—, y continuar siendo paso obligado de unos y otros —modesto cuadrivio entre ríos y montes—. Por eso y por su misma condición —añado yo— de cantón limítrofe y esquinoso, entre las dos Europas del Norte y del Sur, sobre el rasero de las dos vertientes algo más que orográficas.

Navarra resistió y subsistió, a pesar de la conquista castellana y del posterior desmochamiento de las tierras de Ultrapuertos, y mantuvo su conciencia de pueblo distinto, forjada en la continua refriega por defender, hasta hoy mismo, frente a unos y otros, su geografía e historia, aceptando al mismo tiempo todo lo que podía fortalecer y mejorar su ser y su manera de serlo.

Incorporada a la Corona de Castilla, libre ya de preocupaciones exteriores y de guerras extenuantes, crece económica y demográficamente, defendida por la tradición foral que limita taxativamente las aportaciones económicas y militares fuera del propio territorio.

Los reyes navarros —de las Casas francesas de Foix y Albret— se refugiaron en el vecino territorio de Bearn y desde 1529 añadieron a sus dominios las tierras de Ultrapuertos o Baja Navarra, lo que les dará el legítimo título real hasta 1589 y que, compartido con el de Francia, llevarán los soberanos galos hasta 1848.

Esplendor religioso-cultural de la corte de los Albret son las fascinantes figuras, de Margarita de Navarra, su hija Juana —calvinista tan fanática como ilustrada— o Bernat Dechepare, nuestro proto poeta vasco. Otro Albret, Pedro, nacido en Estella, hijo ilegítimo del rey Juan III, clérigo y después obispo, humanista y escritor, refugiado en la corte de Pau, revolvió Roma con Santiago, esta vez Roma con Trento, Valladolid y Flandes, para probar ante el emperador y el papa los genuinos derechos de los reyes navarros, sus parientes; al menos, fue recibido por Pío IV como embajador de los mismos.

No fue sólo Pedro de Albret quien se refugió en Francia. En cambio, muchos bajonavarros vinieron a vivir a la Alta Navarra y a otras partes de España, como el ilustre médico y escritor Juan Huarte de San Juan.

Los navarros de Ultrapuertos gozaron de ciudadanía navarra, que en malhadada fecha les negaron parcialmente por ley las Cortes de Pamplona. Cuando en 1600 el viejo párroco de Sara ofrece la parroquia a Pedro de Axular, la más alta figura de la literatura vasca y antiguo estudiante en Salamanca, un clérigo francés, que la quiere para sí, le pone pleito porque dice que, siendo de Urdax, es español. Axular replica que él es navarro y que siendo Enrique IV rey de Francia y de Navarra no puede ser considerado extranjero en Francia. El Parlamento de Burdeos —el de Navarra se creará en Pau años más tarde— no le dio la razón al clérigo escritor pero éste, gracias a la protección de Enrique IV —el último rey de Navarra— y del obispo de Bayona, el bajonavarro Bertrand d'Echoux, siguió en pacífica posesión de la parroquia de Sara.

Gran siglo también para Navarra aquél llamado de oro, cuando un rey español nacido en Gante llega a ser emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y une bajo su cetro las nuevas tierras descubiertas de América.

Un navarro egregio, Bartolomé de Carranza, llega a ser teólogo del emperador en Trento y consejero de su hijo Felipe II en Inglaterra y Flandes. Su obra, tan polémica y tan fecunda, *Catechismo Christiano*, fue compuesta especialmente para los ingleses y editada en Amberes en 1558. Primado de España, figura principal de lo mejor de la Contrarreforma católica, acabó siendo una víctima emblemática de lo peor de la misma. En Roma lo defendió el célebre «doctor navarro», Martín de Azpilcueta, maestro en Toulouse y Cahors primero, y en Salamanca, Coimbra y Roma, después.

Otros navarros sirvieron con las armas al imperio. Algunos tras la amnistía de 1523, como el mismísimo hijo de don Pedro, el Mariscal de Navarra muerto en Simancas. Otros, desde la batalla de Noáin, como Diego Cruzat, en cuya casa de Oriz pernoctó Felipe II, IV de Navarra, durante su visita a Pamplona. Allí estuvieron varios siglos las pinturas murales que pregonan las victorias del emperador en la guerra de Sajonia contra los luteranos. No faltó tampoco entre nosotros quien luchara contra la causa imperial, como aquel roncalés aventurero, que de corsario y pirata pasó a lugarteniente del Gran Capitán en Italia y Norte de Africa, para terminar, por servir a Francisco I, en la prisión de Castelnuovo. Se llamaba Pedro Bereterra, por sobre nombre Pedro Navarro.

Fruto maduro de aquel tiempo, europeo por los cuatro costados y más tarde nuestro hombre más universal, fue Francisco de Javier, hijo de un buen jurista y diplomático, Juan de Jaso, educado en Bolonia y defensor acérrimo de la monarquía navarra. Estudiante en París, peregrino por Francia e Italia, portugués de adopción y de altísimo oficio, navarro siempre, Francisco de Javier, vivió como pocos la ambigua y portentosa realidad de una Europa plural de mercaderes y civilizadores por tierras de Africa, Asia y Oceanía.

A través de la poderosa y expansiva monarquía española, que secundó en sus gestas a la portuguesa, muchos navarros, participaron en el descubrimiento, conquista, poblamiento, reconstrucción y destrucción de América, e hicieron de ella su patria hasta hoy mismo. Cito a Pedro de Ursúa, por citar a uno solo, por citar también a un monstruo de la acción. De todos modos, habrá que tener siempre en cuenta la vasta ruta militar, comercial, política y misionera de Navarra hacia el Nuevo Mundo a la hora de estudiar el aflujo hacia otros países europeos.

No era demasiado incómodo entonces, y no lo fue hasta que llegó el candado y la clausura en los últimos años de Felipe II, tener próxima la idea y la experiencia de Europa, cuando en la misma sede episcopal de Pamplona se asentaban, aun sin sentarse, un César Borgia, un Amaneo de Labrit, un Alejandro Cesarini, un Juan Rena, todos ellos de infeliz recordación. Pero también un Pedro Pacheco, padre de Trento y virrey de Nápoles, o un Alvaro de Moscoso, que llegó a ser rector de la Sorbona, amigo de Ignacio de Loyola, capellán, después, del emperador, a quien acompañó en la Dieta de Worms y en la expedición de Argel.

Muchos navarros frecuentaban todavía en el siglo XVI las universidades de París, Bolonia, Toulouse y Cahors, como aquel eximio obispo de Badajoz, —«el Pacense»—, uno de los obispos españoles más influyentes en Trento, discípulo del «doctor navarro», hijo del mariscal don Pedro y exiliado al principio en la Baja Navarra.

Lo que el célebre Concilio supuso y sobrepuso en toda la iglesia católica, también en la de Navarra, y en cada una de nuestras parroquias, no voy a descubrir yo ahora aquí.

Si la política y las armas no paraban en un tiempo de insólitos cambios, invenciones y acontecimientos, o si las mercancías encontraban ahora corredores tan espaciosos y nuevos como los océanos, el arte lo aprovechaba todo para correr de un lugar a otro y llevar por doquier el palpito irrefrenable de la nueva era que por medio planeta ruidosamente se abría. Se generaliza la influencia flamenco-germánica, y de Italia nos llega, entre fulgores griegos y latinos, lo que se llama el Renacimiento, y luego el rafaelismo, el manierismo, el romanismo. De Lapoblación a Gallipienzo, de Cintruénigo a Ciga, toda Navarra es un restallante taller de formas y de colores. Digamos Jorge de Flandes, Rolan de Moiss o Pietro Morone y en ellos celebremos a todos los demás.

Italia y Flandes son lugares aún cercanos y nuestros, cuando todavía no se pone el sol y cuando comienza a ponerse. Allí viven y militan navarros tan varios como Carlos Redín que luchó en Flandes y en Lepanto; los famosos hermanos Redín Cruzat, de los que el más célebre fue Tiburcio, capitán de navío, mariscal de campo, espadachín en tres continentes, después capuchino misionero en Africa y en América, donde murió; Pedro de Sarabia, padre del poeta recién descubierto, que lucha en Flandes y cumple misiones políticas en Francia; Melchor Mencos y Mediano, capitán en Rocroy, de donde parte a las Indias; Gerónimo de Uztáriz, militar y secretario del comandante general del ejército, que hace campañas en Flandes y pasa luego a Sicilia, y su hijo Casimiro, marqués de Uztáriz, que nace en Bruselas, de madre aristócrata hispano-flamenca; o varios miembros de la familia baztanesa Ursúa que sirven al rey en Flandes, Italia y Africa. Y con ellos tantos y tantos navarros sin nombre histórico.

Si poco sabemos de la política navarra durante estos siglos, poco o todavía menos llegamos a saber sobre nuestras relaciones de todo tipo con el resto de Europa. Todo o casi todo está por hacer en este punto, no sólo en esta época, y tal vez podría ser el gran tema de estudio y debate para nuestro próximo Congreso.

Andando el siglo XVII y sobre todo durante el siglo siguiente, aparece en Cádiz, Sevilla, Madrid y en otros lugares de España, de la América española y del resto de Europa, un grupo de navarros ilustres, que se adelantan, de algún modo, a la Ilustración europea entre nosotros, promoviendo serias reformas económicas, industriales, comerciales y políticas.

Juan de Goyeneche, nacido en Arizcun en 1656, parece el precursor, guía y modelo de todos ellos. Su hijo Francisco Javier, marqués de Belzunce, recorrió varios países europeos y tradujo un libro del obispo de Avranches, Pierre Daniel Huet, sobre el comercio de los holandeses, puestos como ejemplo que imitar en España. Su sobrino Juan Francisco, marqués de Ugena, además de hombre de negocios, fue amigo de mansiones lujosas y bien alhajadas no sólo con ricos muebles sino con cuadros de buenos pintores europeos del tiempo y con libros de escritores franceses del XVII y del XVIII.

Los Goyeneche fueron una ilustre saga baztanesa. De Santesteban procede la de los Uztáriz. Después de sus correrías militares y diplomáticas por Europa, Gerónimo, nacido en 1670, que acabó siendo secretario del Consejo y Cámara de las Indias, fue autor de varios informes económicos y de un famoso libro sobre teoría y práctica del comercio, editado por su hijo Casimiro, modelo de tratado mercantilista, elogiado incluso por Voltaire. Muchos Uztáriz se desparramarán por América.

Entre los más oscuros pero relacionados también con Europa, recordemos a Fermín Juániz de Echálaz, corresponsal del conde Repáraz 'Uztáriz' en Londres, y a Nicolás de Echenique, en Amsterdam; ambos, como muchos otros, de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País.

Todos éstos y otros más conocidos en la historia de España —Iturralde, Múzquiz, Istúriz... formaron lo que hoy llamaríamos *lobby* navarro sobre todo en Madrid y en Cádiz. Hombres de su país y de su tiempo, fueron atraídos por la Europa más desarrollada de entonces —Inglaterra, Holanda y Francia— y se adelantaron al lento *tempo* con que transcurría la decadencia española de los últimos Austrias y primeros Borbones. Leyeron a Saavedra Fajardo y a Feijóo pero también a Colbert y a los economistas franceses. Amaban a sus reyes, a los que muchos sirvieron de cerca, y al mismo tiempo admiraban a Luis XIV y Luis XV. Piadosos, devotos, creadores de iglesias, conventos y fundaciones pías, dieron vida también a múltiples empresas comerciales, industriales y culturales. Fueron, en resumen, un anticipo templado y ortodoxo de la Ilustración.

Como los ilustrados, fueron no sólo europeos sino universales. Cuando los franceses vuelven a invadir España a comienzos del XIX, nuestros últimos ilustrados se lanzarán contra ellos porque no están de acuerdo con un imperio napoleónico levantado por la fuerza y por el hegemonismo francés.

No todos tuvieron tan claras las ideas. El aisco Miguel José de Azanza Navarraz, nacido en 1746, pasó de intendente del ejército del Rosellón durante la guerra de la Convención a redactor de la Constitución de Bayona, múltiple ministro de José I y hasta presidente del Consejo, lo que le valió el exilio y muerte en Burdeos. En el exilio acabó también el corellano Alejandro Aguado, militar y banquero, ayudante de Soult durante la guerra de la independencia. Por afrancesado tuvo Moratin al estellés José Luis Munárriz, a caballo entre el XVIII y XIX, director de la Compañía de Filipinas, que tradujo del inglés un libro sobre el comercio de la India oriental.

Claro que no era lo mismo defender la invasión napoleónica que estar de acuerdo con muchas novedades de la Revolución francesa. Algunos navarros, como el banquero Juan Bautista Muguero e Iribarren y su administrador Martín de Goicoechea, de ideas liberales, terminaron exiliados en Burdeos, donde convivieron con Goya, que los retrató a los dos. Aún no se sabe a ciencia cierta a cuál de los dos consuegros, Goya o Goicoechea, enterrados en el mismo panteón de la capital girondina, le falta la cabeza en la tumba de Madrid.

Militar, político y poeta, el «Doralio» del seudónimo pastoril, es Manuel Pedro Sánchez Salvador, que muere en 1813, traductor de Anacreonte, Gessner, Pope,

Leonard y Regnard y de dos libros de gastrónomos franceses, hombre comprometido con las ideas de la Ilustración. En fin, a la marquesa de Vesolla se le ocurre nada menos que traer del exilio a don Alberto Lista y aprovechar la estancia de don José Quintana, confinado en Pamplona, para educar a los hijos de varias casas nobles, entre ellos Joaquín Ignacio Mencos y Manso de Zúñiga, alcalde que fue de Pamplona, diputado a Cortes y ministro, académico de la lengua y escritor, que se exilió en Francia tras el pronunciamiento de O'Donell.

Sería cosa de ver unos cuantos trabajos sobre esa mutable relación de amor-odio de los navarros con los franceses, nuestros «europeos» por antonomasia. Navarra es felipista en bloque cuando la guerra de Sucesión, aunque acaba de sufrir continuas amenazas de invasiones y golpes de mano como los de 1674 y 1684. Durante la misma guerra, las quejas y protestas contra el comportamiento de las tropas francesas a su paso por nuestra tierra son constantes.

Navarra tiene una mala experiencia de las negociaciones con el país vecino en los litigios fronterizos, desde las capitulaciones de 1612-14 hasta el tratado de 1856, hasta hoy mismo. Y, sin embargo, el comercio y su variante, el contrabando con Francia, no cesan, si no es en tiempos excepcionales.

El impacto negativo de los ejércitos franceses en Navarra durante la guerra de la Convención y de la Independencia es enorme. Una especie de plaga bíblica. Añádase a ello el alto número de exiliados, clérigos y laicos, que se refugian y viven en nuestro suelo desde los días de la Revolución. Pero de allí vienen luego los «cien mil hijos de San Luis» y Francia se convierte pronto en refugio preferido, en tierra de libertad y de promisión para unos y otros: primero afrancesados, luego liberales —citemos al menos a Espoz y Mina—, después carlistas, más tarde progresistas, demócratas, revolucionarios; otra vez carlistas; los republicanos vendrán luego; en años posteriores los anarquistas y los exiliados de la guerra civil; hoy día los militantes de ETA. Y durante muchos lustros los emigrantes de todo género, especialmente por motivos económicos.

De Francia suelen llegar desde los años de la Revolución-Contrarrevolución los materiales mentales para nuestros liberales y nuestros tradicionalistas, para nuestros progresistas y conservadores, para nuestros clásicos y modernos.

En las guerras carlistas, o de carlistas contra liberales y viceversa, muchos europeos transpirenánicos, de uno y otro lado, combaten en nuestros montes y en nuestros valles. Hay legiones extranjeras en los dos bandos, con militares, nobles, aventureros, o desertores prusianos, portugueses, franceses, ingleses, etc. Sir Lacy Evans, el general Degrelle, el barón Das Antas... por un lado. El príncipe Lichnowski, el barón von Rahden, el coronel Henningssen... por otro. Vienen hombres y dinero, y los cancilleres europeos toman parte y partido. Por vez primera llega hasta los dos cuarteles generales una misión internacional humanitaria, encabezada por el inglés Lord Eliot, y la primera Cruz Roja Española, sección de la Internacional, se estrena, cuarenta años más tarde, en la batalla de Oroquieta.

Europa, las dos Europas, están, a menudo explícitamente, tras las lucha ideológica y también armada de las dos Españas de nuestros últimos tiempos. El conflicto que desgarró a varios países europeos en los siglos XVI, XVII y XVIII, nos desgarró a nosotros en el XIX y en el XX. Europa vuelve, con hombres y medios, al solar español en la guerra del 36. Algunos hombres lúcidos, —me acuerdo, vg., de Laín Entrago— se empeñarán en superar este tradicional y terco dilema. El progreso económico-técnico, el turismo, el Concilio Vaticano II, la reforma constitucional, el ingreso en la Comunidad Europea... han suavizado notablemente el conflicto.

Llegados a este punto, todos pueden preguntar ya qué es Europa, qué entendemos por Europa. ¿Sólo un concepto geográfico? ¿Una historia común? ¿Un racimo de valores propios? Todo esto a la vez. Y en cuanto a los valores, con tal que los interpretemos generosamente, como lo hizo hace muchos años Denis de Rougemont en su célebre libro, casi un tratado. Sólo con recapitular lo que aquí vamos viendo en esta ligera excursión por nuestra historia basta para hacer buena esta actitud.

Por otra parte, harto sabido es que las cosas grandes se sienten mejor que se definen. Pertenezco a una generación que hizo de Europa una referencia sustancial, una apelación combativa y urgente. Entonces acertamos, y llevamos varios años de nuestra madurez política, cívica, ética, intentando ser fieles a esa autoconsigna singular. Pienso que estamos acertando también.

Dice la conseja del europeísta y europeizador Ortega y Gasset: «Para comprender algo humano, personal, colectivo, es preciso contar una historia. Este hombre, esta nación, hace tal cosa y es así *porque* antes hizo tal otra y fue tal o de otro modo. La vida se vuelve un poco transparente ante la razón histórica.

Desde esta templada irreversibilidad, desde esta forzosidad relativa, mira uno confiado hacia el porvenir de nuestro pueblo y de otros pueblos, dentro de la renación española, dentro de la comunidad europea, que muchos queremos sea federación europea, pequeña pero importante región del mundo.

Hoy vemos aún lejano ese sueño alto, útil y posible, azacaneados como estamos en la transformación de muchos y pequeños Estados-naciones hacia una Comunidad, que es hoy sólo incipientemente intergubernamental.

Y, sin embargo, hacia la Europa federal lleva la lógica más profunda de la realidad europea, vista desde ayer, desde hoy y desde mañana, examinados todos los aspectos históricos, jurídicos, económicos, religiosos y culturales.

Ahora que acabamos de despertar del sueño dogmático del marxismo en todas sus variantes, no podemos estar en mejor momento. Falta acabar con la tediosa generalización, que aparece un día sí y otro también, del nacionalismo como peligro y amenaza de primera gravedad, cuando todo historiador con un poco de sal en la mollera sabe que los más peligrosos y amenazadores nacionalismos han sido y son... los de las grandes potencias nacionales-estatales o de todos aquéllos que quieren imitarles.

Con todo, el federalismo exterior o supra internacional parece más fácil de entender y sostener, con ser difícil en extremo, que el interior o intranacional. Pero existe un nexo íntimo entre ambos. Desde el siglo XIV hasta hoy, desde el Dante hasta Jacques Delors, muchos filósofos, políticos, científicos, hombres de letras... previeron, sugirieron o predicaron la unidad de Europa, sus instituciones, su organización, etc. Sully, William Penn, Rousseau, el abate St. Pierre, Voltaire, Kant, Saint Simón, Mazzini, Víctor Hugo, y muchos otros son conocidos como europeístas *avant la lettre: avant le Traité de Rome*. Pero nadie como Proudhon, nos puso en guardia frente a una Europa de poderío y desigualdades. El pensaba, no sólo razonablemente sino con razón, que la constitución de Europa debía llevarse a cabo descentralizando los grandes Estados europeos, antes de federarlos; multiplicando las comunidades a escala humana, lo que haría mucho más llevadera y eficiente la futura federación.

Esta es hoy también la tesis, puesta al día por el Parlamento Europeo en su resolución del 18 de noviembre de 1988, en la que tuve el honor de participar. Los Estados deben reconocer poder político a los Pueblos interiores que demuestren voluntad y capacidad de tenerlo. Las Comunidades, Países, Naciones, Regiones, o como se llamen, dotadas de poder político, deben participar, de una y otra manera en las decisiones que tomen los representantes de los Estados miembros de la Comunidad Europea; deben contar con instancias representativas dentro de la misma, y ser un elemento dinamizador en la construcción de la Europa federal.

Habrá que vencer muchas resistencias, pero aquí la lógica europeísta lleva de nuevo esta dirección. Las Regiones están hoy mucho más organizadas entre sí, y mañana lo estarán más todavía. Mientras llega la hora de un mayor respiro regional en la Europa del futuro, las Regiones, Comunidades, o Países van tejiendo una trama de relaciones institucionales, económicas, comerciales, culturales y de todo tipo, que es un buen soporte y precedente para la unidad descentralizada, federada del futuro. Se han firmado no pocos acuerdos bilaterales de cooperación entre Regiones, que incluyen informaciones mutuas y múltiples sobre políticas comunes, la armonización de las mismas, la concertación para proyectos de interés recíproco, etc.

Navarra no puede quedar rezagada en este ejercicio, cada vez más provechoso y concurrido, ni dejar de tener voz y voto en todos los ámbitos de colaboración interregional y de recreación intereuropea. Con la autoridad que nos da nuestra plena incorporación a las tareas comunes hispánicas, europeas y universales, a la vez que nuestra singular condición foral, que hoy no puede traducir otra cosa que la voluntad, cada día mejor nutrida, de seguir siendo una nación en su más genuino significado y con todas las consecuencias.

Tamaño empresa no pueden llevarla a cabo sólo los políticos solos, aunque a veces ellos crean que pueden hacerlo todo. Es una empresa cultural más que política.

En el recientísimo XVII Congreso internacional de Historia, celebrado en Madrid, se ha redescubierto algunos Mediterráneos —el hombre, la biografía, el papel del nacionalismo o de la religión—; se ha trabajado con el rigor habitual en muchos campos, y se han abierto algunas muy clarificadoras perspectivas.

Tras un período de glaciación de muchos años, llegado que ha el deshielo político hasta el plano historiográfico, haciendo posible la universalización de los estudios históricos, el presidente del Comité Español de Ciencias Históricas, José Benito Ruano, ha podido afirmar sin miedo y sin tacha que *«los historiadores son tan importantes para la sociedad como los economistas, los médicos o los políticos; y son ellos, antes que éstos, los que pueden ofrecer una visión más real de la situación de nuestras sociedades»*. Siglos antes había escrito Cervantes que la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, es *«ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir»*.

Pocos se lo creerán. Cuesta imaginar que los periódicos abran su primera página con declaraciones de historiadores o que las televisiones, privadas o públicas, les concedan la primera imagen de los telediarios. Y, sin embargo, el nuevo presidente del Comité Internacional, elegido por este Congreso, Theo C. Barker, enriquece tan insólito discurso cuando asegura que *«son los historiadores quienes pueden fijar su vista en el presente y quienes tienen mayor capacidad para involucrarse con él a la luz de los acontecimientos pasados»*.

Es verdad. Los historiadores, profesores, estudiantes de historia, o simplemente los aficionados a ella, somos a la vez ciudadanos responsables y solidarios, plenamente insertos en nuestro espacio y en nuestro tiempo. En cuanto tales, organizamos aquí hace cuatro años el I Congreso General de Historia de Navarra y fundamos poco más tarde la Sociedad de Estudios Históricos. Muchos otros objetivos nos hemos propuesto para próximas fechas.

«Litteris et Patriae» podría haber sido nuestro lema, que es también el de la gloriosa y europea Universidad de Estrasburgo.

A las Letras y a la Patria. A la Patria de las Letras y a la Patria de los hombres. Muchas gracias.